

Texto sin título
Wilmer Torre

Alí es *dorman* de un edificio en el Upper East Side de Manhattan. Rebase los 50 años, es amable, dulce con los niños y es musulmán. Nunca bebe ni come cerdo y no lleva guantes como lo hacen los porteros de los edificios más elegantes de la ciudad. Siempre viste un viejo saco azul con un logotipo inútil en la solapa. Trabaja toda la semana y espera con ansiedad el séptimo día, cuando se mete al subway sin importar si es invierno, ni esa asma crónica que lo persigue desde pequeño: cuando desciende en la estación 74 de Queens, Alí se transforma.

«Fuera de mi país no existe un mejor lugar en el mundo que la Pequeña India de Queens», me **dijo** con la sonrisa de un niño vestido para el paseo dominical. «Este barrio es increíble. Es como regresar a casa y a las calles de mi infancia», exclamó Alí, un inmigrante nacido en el este de la India, con sus gafas color cereza **bailándole** en la punta de la nariz.

Comprendí lo que Alí me dijo cuando caminé por primera vez las calles de la Pequeña India de Nueva York. Era un jueves de finales de enero y el frío atacaba con furia: te paralizaba los dedos si no llevabas guantes. A pesar del clima, la Pequeña India parecía un lugar cálido, encantador y diferente a cualquier otro espacio étnico que hubiera visitado antes.

Si el Barrio Chino de Manhattan es un mundo único con sus calles abarrotadas, sus tiendas coloridas, sus pescaderías al aire libre y esos exóticos patos rojos que penden en las vitrinas transparentes, el barrio indio de Nueva York compite con méritos: es un planeta en escala, con sus abuelos de barba blanca y turbante detenidos en las esquinas, sus mujeres envueltas en coloridos saris de seda, su música punjabi flotando en las calles y esos restaurantes que despliegan ollas rebosantes de curris amarillos, anaranjados y color pistache.

Recorrer el barrio indio de Queens es revivir de súbito ese mundo que aparece en los relatos fantásticos de las Mil y Una Noches, sólo que remasterizado por la modernidad de Nueva York: En los aparadores de las joyerías indias resplandecen collares de oro de 24 kilates y el tamaño de un melón y a veces hasta puedes encontrarte por ahí a las princesas indias del siglo XXI: mujeres envueltas en saris trazados por una tropa de sofisticadas diseñadoras que han cambiado para siempre el concepto de la vestimenta india más clásica.

El barrio indio de Queens nació hace 17 años, como resultado del mismo proceso de evolución de las grandes corrientes migratorias de Nueva York: En las décadas de los setenta y los ochenta alrededor de 90 mil indios y pakistaníes llegaron y se dispersaron por la ciudad. Pero en los noventa el flujo de inmigrantes se duplicó (el censo de 2000 registró 206 mil indios), empezó a concentrarse en Queens y las calles y el rostro de la Gran Manzana se transformaron una vez más, como parte de esa larga historia de cambios sociales provocados por la penetración de una nueva y creciente comunidad **étnica**.

La presencia de la comunidad india es un referente indiscutible en distintas partes de la ciudad.

A 15 minutos del barrio indio de Queens, en Flushing Meadows -cerca del estadio de los Mets de Nueva York y del circuito tenístico donde cada año

Comentario [JEB1]: se podría usar un verbo más exacto... me confesó, me explicó, me susurró... cada uno le da un matiz diferente a la frase

Comentario [JEB2]: fíjate que estos dos párrafos son muy pequeños en relación los de más arriba o más abajo: quedan un poco desconectados.

se juega el Abierto de los Estados Unidos-, se levanta el Templo de la Comunidad India de América del Norte, un edificio moderno y gris que atrae a miles de personas en las celebraciones religiosas; la Pequeña India se ha expandido de una decena de establecimientos en los noventa a más de 300 comercios, y la Universidad de Columbia, en el Upper West Side de Manhattan, hasta fundó el *Bhakti Club* (Club de la Devoción), que se dedica a promover la cultura espiritual de la India.

Alí y Alá.

La presencia de Dios y la creencia de que la comida, la meditación y la lectura de versos y libros sagrados (como el Bhagavad Gita, libro de sabiduría y manual histórico y religioso) representan una forma de **conexión** espiritual, son una tradición vital en la vida de las familias indias, dentro y fuera de su país.

Comentario [JEB3]: conexión

Una tarde, Alí, el *dorman* del edificio del Upper East Side, estaba reclinado en un escritorio respondiendo un cuestionario de la comunidad india a la que pertenece. Eran por lo menos 12 preguntas y Alí las respondía con parsimonia: ¿Cuál es el libro sagrado más importante de su religión? ¿Cómo elige a la esposa con la que se casará? ¿Cree en la reencarnación?, inquirían las tres primeras.

Alí parecía muy concentrado respondiendo el cuestionario. «Para el pueblo indio la religión es algo vital. Dios es una presencia constante», dijo. Luego citó, por ejemplo, que los indios musulmanes suelen ofrecer a Dios los alimentos, pero no lo hacen en una oración pronunciada sobre la mesa.

«Le ofrecemos a Dios la carne que nos preparamos a cocinar. Es un ritual que no podemos pasar por alto», dijo Alí entrecerrando los ojos y simulando la escena sobre el escritorio: sus manos estaban separadas con las palmas apuntando al cielo y parecían sostener una presencia invisible. «Somos un pueblo muy religioso, donde además conviven varias religiones. Los musulmanes somos minoría, pero estamos creciendo», sonrió luego, con la mano derecha empuñando un café **negro**.

Comentario [JEB4]: repetición de la misma palabra más abajo.

Alí tiene el cabello lacio y muy negro, la piel ceniza, una esposa india y dos hijos adolescentes que nacieron en Nueva York y crecieron en la calle 110 de Manhattan, en el barrio conocido como *Spanish Harlem*. Cuando la familia asiste los domingos a la Pequeña India, visten como cualquier indio lo hace en los días hábiles de la semana: El unos pantalones de casimir y camisa blanca; su hijo jeans y una camiseta y las mujeres un sari de seda clásico.

En los días de trabajar los indios hombres visten de la misma manera, pero cuando llega el viernes su vestimenta cambia de manera radical. Las mujeres también guardan temporalmente los saris y las lehngas, esos espectaculares corsés de colores adornados con cristales y espejos.

«En la **Mezquita**, los viernes, las cosas son distintas. Todo es más solemne y la ropa es menos colorida y mucho más formal. Cuando vamos a la **mezquita** somos muy cuidadosos», me dijo Alí y se despidió. Era un viernes y el fin de semana, cosa rara, no iría al barrio indio: hacía demasiado frío para su asma y su esposa estaba en cama, con resfriado.

Eliminado: Mezquita

Eliminado: mezquita

COMENTARIO:

El texto que hemos recibido de Wilmer Torre nos ha gustado, sobre todo porque demuestra un muy nítido sentido compositivo en las frases, que se modulan con exactitud y con imágenes acertadas, limpias, muy claras. Eso es

algo muy bueno para un escritor, pues las descripciones, como veremos más adelante en nuestro blog, son absolutamente vitales para que un relato adquiriera todo el vigor posible. Lo único que objetamos es que la historia de Alí, tan bien dibujada al principio, se disuelve cuando el narrador desplaza su mirada en torno al barrio del que habla y a sus costumbres. Quizá porque de esta manera se pierde la tensión narrativa provocada por el interés que genera Alí y que, como decimos, se desvanece en el recorrido por el barrio. Pero esto es una cuestión de orden técnico: lo que ocurre es que los datos que ofrece el narrador sobre el barrio abundan en detalles catastrales y eso provoca que el relato cambie su esencia, ahora ya no parece un cuento... se trata pues de un "enfriamiento" en el relato que empezaba con un tono más cálido y evocativo. Así, el texto adquiere una cierta bifrontalidad en la medida en que por un lado parece un cuento, y por otro parece más bien una crónica. ¿Es incompatible entonces hacer algo así? No, de ninguna manera, pero lo que no puede ocurrir es que el texto deje una sensación poco clara respecto a su trayectoria...